

Prof. JUAN FERNANDO PÉREZ
 Psicólogo - Psicoanalista
 Universidad de Antioquia

LEER Y PENSAR

La lectura, ese singular vínculo con el otro y con el mundo, que los hombres idearon, sin saberlo, como un homenaje a lo que define su ser, la palabra, se vive hoy en general al margen del pensar. En ello, masas de lectores de nuestro tiempo sólo siguen a tanto escribano que regularmente invade, y aún orienta, el vivir a través de sus publicaciones¹. Se produce allí otra constatación más de la tesis de Heidegger, quien define la época a partir de su radical olvido del pensar.

Ese olvido del pensar, instalado en las actitudes y hábitos de lectura, resulta tanto más significativo si se tiene en cuenta el volumen casi inimaginable de textos que hoy circula por doquier, y que sin embargo a menudo halla lectores. Y allí, como siempre acontece en la época, prima el criterio de cantidad como garante definitivo de los propósitos del leer.

El pensar, entendido como la posibilidad de develar “el sentido que impera en todo cuanto es”, se vive ya como penosa empresa, y es sustituido por el pensamiento calculador que, inhábil para la meditación y esclavo de sus fascinaciones, supone su tarea definida por la producción de un rendimiento creciente e insaciable, sea cual sea el orden donde se ejerza, o por el pensamiento mecánico regido por la simple manipulación de informaciones, aceptadas o rechazadas, en función de la negación radical de todo empeño que implique cuestionamiento de sí y de las formas de goce adoptadas ya para siempre.

Es sabido: el pensamiento calculador, propio de la época, examina individuos y pueblos por el volumen de aquello que producen y consumen. Ese principio es aplicado también a la lectura; en lo relativo al lector, de lo que se trata es de establecer cuánto ha conseguido

1. Quizás sería más adecuado aquí emplear el neologismo *pubelicación* (*pouvellication*), construido por Lacan para referirse a la difusión escrita en el mundo actual. *Publicación* se dice en francés *publication*, palabra que queda deformada allí al conjugar con ella la palabra *poubelle*, basura. Con él Lacan quiere designar, entre otros hechos, cuál es la posición más corriente tanto de quien escribe como de quien lee hoy. Es evidente que en el mundo contemporáneo el texto se halla finalmente destinado a ser más consumido que leído y por tanto que su fin es el de terminar en la basura, destino que marca de una u otra manera la actitud de quien escribe, así como de quien lee.

consumir. Y así se lee; o mejor, éste es el ideal que se propone y aún del que se dispone. Se difunden estadísticas, se otorgan calificaciones, se adoptan decisiones y políticas. Todo esto bajo la primacía del pensamiento calculador. Y entonces no es posible eximirse de contrastar, por ejemplo, al lector de hoy, casi cualquiera sea su origen y condición, con antiguos lectores, digamos Platón o Aristóteles, quienes seguramente nunca sobrepasaron una pequeñísima cantidad de lecturas hechas en sus vidas. Cabría entonces preguntarse por esa primacía de los criterios cuantitativos, al menos para el leer.

Y la pregunta interesa por cuanto podrían desde allí llegar a interrogarse no solo los ideales que hoy se propalan para la lectura, sino aún más, los criterios que orientan los procesos de formación y educación, y lo que desde ellos se induce. Esos ideales, guiados por el cálculo y por la cifra, se afirman y se traducen en posiciones ante el saber, en estrategias de formación, en formas de relación con los textos. Una de la más significativas de ellas es la erudición, que, en esta lógica y bajo alguna de sus formas, ha llegado a ser idéntica a la sabiduría. Y así entonces se consigue definir la ignorancia como lo opuesto a cierta forma de la erudición. Se coloca de esta manera en la cima del espíritu a esas bellas almas, doctas y eruditas, pero atiborradas de ignorancia de sí y carentes de disposición a la meditación serena.

La lectura ha llegado a ser solo recreación circunstancial, mero apoyo de incuestionados fantaseos, solución dudosa al tedio, triste recurso para exhibicionismos de todo tipo, penosa continuación de la tarea que significó instruirse, simple instrumento para acceder a información requerida. Que

ocasionalmente lo sea en ciertos casos, podrá llegar a ser justo. Pero que sea norma y exclusión de un leer diferente, es lo que merece ser pensado. Porque esa lógica, lógica que finalmente se traduce en pasión por la afirmación de sí, mera afirmación de creencias, ideales, posiciones y hábitos, donde la escucha atenta de la palabra distinta no tiene cabida, solo confirma la disposición al olvido del pensar.

Leer es ante todo prestarse a la escucha atenta de la palabra de otro. Ello no implica en forma alguna obligación de comunidad con ella, pero sí en primer lugar, la decisión de intentar establecer lo que esa palabra dice. Sin esa escucha y sin esa decisión no hay lectura pensante. De lo contrario leer es un simple fortalecer el bastión donde se vive, el cual así adquiere el carácter de trinchera. Por esa vía, el malentendido, constituyente estructural de la comunicación humana y por tanto asedio incesante del bien leer, se incrementa, y ninguna ética de la discusión, indispensable a aquel, encuentra lugar para establecer juicios e interpretaciones.

Steiner, ese certero crítico de las relaciones que el hombre contemporáneo sostiene con lo escrito, resulta necesario cuando dice: "Un hombre que haya leído el canto XXIV de *La Ilíada* –el encuentro nocturno de Príamo y Aquiles– o el capítulo en que Alejo Karamazov se arrodilla ante las estrellas, que haya leído el capítulo XX de Montaigne (*Que philosopher cest apprendre l'art de mourir*) y el empleo que de éste hace Hamlet y que no se inmute, que la aprehensión de su propia vida permanezca inalterable, que de alguna manera sutil pero radical no mire de modo distinto el cuarto en que se

mueve o al que llama a su puerta, éste ha leído con la ceguera apenas de la mirada física. (...) Leer bien significa arriesgarse a mucho. Es dejar vulnerable nuestra identidad, nuestra posesión de nosotros mismos" (Steiner, pp. 32).

El acto fallido es una referencia freudiana capital para establecer la fuerza de esa tendencia a la repetición en la conducta humana, tendencia ésta que se convierte en obstáculo primordial a la producción de actos verdaderos por parte del sujeto, es decir de actos que consigan lo que supuestamente se proponen. Ahora bien, si leer es un acto, y ese acto pretende en primer lugar establecer qué dice un texto, acto que a su vez supone definirse por su relación con el pensar, es preciso reconocer que generalmente solo se lee como acto fallido.

Leer, se dijo, es arriesgarse, es arriesgarse a que a partir de la lectura que se emprende, suceda algo en el sujeto que, incluso, le obligue a dejar de ser quien era; que las formas regulares y ya establecidas de mirar el mundo, sean interrogadas. Un leer pensante implica eso: riesgo; por tanto pregunta por las formas de goce en las cuales el pensamiento se fascina, apertura a lo esencial, disposición a la meditación, esfuerzo de reducción del campo del malentendido.

Es claro, que la lectura, tal como lo propone Chartier, es por definición rebelde y vagabunda y que son infinitos los procedimientos y astucias tendientes a no someterse a la voluntad que propone el creador de un texto. Por ello también parece pertinente examinar alternativas al leer ligero y postrado, desde donde hoy se asume en general todo texto. Propongo darle un lugar prioritario a lo que es posible llamar *lectura intratextual*².

La lectura intratextual consiste en pensar el

2. En otro texto, próximo a aparecer en la revista *Utopía 2001*, # 1, publicación de la Universidad de Antioquia, ya he empleado ampliamente los conceptos de lectura intratextual, intertextual y extratextual. Allí se hacen mayores precisiones al respecto; los aspectos centrales de esta problemática son objeto de los dos escritos.

texto que se lee, insisto, el texto que se lee, bajo el supuesto de que éste dice algo. Y que ese algo es posible de ser establecido simplemente a partir del texto mismo, sin recurrir en lo esencial a nada externo al mismo, dejando en suspenso erudición, autoridades, imaginé-rias, preconceptos, tesis y demás; todo esto bajo la más firme disposición de escuchar en primer lugar lo que el texto mismo dice. La lectura intratextual entonces propone leer a partir de lo que allí dice, no de lo que se le atribuye o se exija como condición de lectura, más allá del texto.

¿Qué pretende la lectura intratextual, tal como acaba de ser definida? Producir una interpretación básica acerca de la cual se pueda disponer de un grado de certidumbre altamente razonable. Esa certidumbre se funda en el hecho de que la interpretación en cuestión está basada en el texto mismo y no en adiciones propuestas por el lector al texto mismo. Esas adiciones, aún procedentes de otros textos del mismo autor, pero no incluidas en el texto, se suponen en principio solo pertinentes una vez el lector haya concluido su tarea de lectura intratextual.

Es oportuno indicar que se lee en general sin voluntad real para determinar qué es lo que en realidad dice un texto. Se lee con prisa o sin ella, pero a menudo suponiendo que otro escrito u otra interpretación, exterior al texto mismo, le es necesario (lo cual podrá llamarse *lectura intertextual* o *extratextual*, según el caso), sin haber establecido lo que plantea el texto en cuestión.

La lectura intratextual no goza de buen recibo. Ya se ha dicho: son muchos los lectores que suponen que es indispensable generalmente invocar algo más que el texto mismo que se lee, para poder leerle. E interrogar ese supuesto atenta



contra algo más que los hábitos. Ese rechazo testimonia con claridad la enorme dificultad que reina para decidirse a un pensar desde sí.

Destaco que la lectura intratextual parte de la idea que tanto la estructura sintáctica como los significados de las palabras que el texto utiliza, son conocidos (o establecidos), asumidos y utilizados en la lectura por el lector. Es eso lo que corrientemente se entiende por "saber leer". Se reduce a esto toda la erudición necesaria para un bien leer. Y es conveniente añadir que conocer el significado de un término no siempre equivale a utilizarlo en la lectura, y que con poca frecuencia los lectores llegan a desconocer tales significados, en virtud de los imperativos de producir prematuramente sentencias acerca de un escrito. Preciso por lo demás que no se dice aquí que conocer el significado de un término implique conocer toda la dimensión conceptual que un autor le otorgue. Ello no es necesario para una correcta lectura.

La lectura intratextual es un procedimiento para producir una

interpretación básica e incompleta, pero necesaria a cualquiera otra que pueda proponerse en torno al texto en cuestión; no se pretende decir así que de tal manera se puedan responder a todas las preguntas pertinentes que le sean formulables a un texto, ni tampoco, desde luego, que así se quede exento de la posibilidad del error en la interpretación de un escrito. Tampoco se plantea como posible el que sea practicada con todo tipo de textos, aun cuando sí con una cantidad muy significativa. No se habla por tanto aquí de lecturas muy particulares o circunstanciales, como la de algún manuscrito antiguo y enigmático hallado en alguna isla solitaria en una botella de origen desconocido.

Ahora bien, es evidente que existe un más allá del texto y del lector. Y ese más allá incide en la lectura, y no de cualquier manera. Esto no sólo es cierto sino que desconocerlo sería necio. Se ha indicado ya que los hábitos y las teorías de lectura imperantes han establecido que para leer correctamente es necesario invocar erudiciones crecientes que iluminen lo leído, y

que es así como se colman las dudas y vacíos que suscita la lectura. Es pertinente discutir un tanto más esa costumbre no solo de lectura sino también de la educación y la formación.

Es cierto que resulta muy exigente para muchos lectores cuando leen, intentar poner en suspenso momentáneamente sus conceptos, saberes y posiciones. Por contradecir esto las más variadas tradiciones, prácticas y teorías de la lectura, se torna indispensable sospechar del procedimiento propuesto. No obstante, un leer intratextual ha mostrado validez y fecundidad como forma de pensar un texto, y aún más cuando se trata de una obra. Exige como condición mínima, pero no única, una posición ética como lector, esfuerzo para la real escucha de la palabra del otro. Seguramente una demostración formidable de esto lo es el trabajo de Lacan con la producción freudiana, donde lector y analista concilian su método y sus concepciones.

En una entrevista con Paolo Caruso Lacan indica: "Mi *retorno a Freud* significa simplemente que los lectores se preocupen por saber qué es lo que Freud quiere decir, y la primera condición para ello es que lo lean con seriedad. Y no basta, porque como una parte de la educación secundaria y superior consiste en impedir que la gente sepa leer, es necesario todo un proceso educativo que permita aprender a leer de nuevo un texto. Hay que reconocerlo, antes no se sabía hacer otra cosa, pero al menos se hacía bien; en cambio, actualmente tampoco sabemos hacer otras cosas, aunque estamos convencidos de ello; no basta con hablar de método experimental para saberlo practicar. Sentado esto, saber leer un texto y comprender lo que quiere decir, darse cuenta en qué *modo* está escrito (en sentido musi-

cal), en qué registro, implica muchas otras cosas, y sobre todo penetrar en la lógica interna del texto en cuestión" (Lacan, 1969. p. 95). Lo anterior seguramente permite valorar mejor el sentido, la importancia y las implicaciones que tiene interrogar las formas de lectura que hoy se practican.

¿Debería indicar que con excesiva frecuencia se hace violencia sobre los textos a través de múltiples procedimientos, para obturar el reconocimiento de lo que un autor propone? Ahora se le atribuye al texto algo que no considera; en otro momento se coloca como condición previa y *sine qua non* de toda lectura, el conocimiento de contextos teóricos, históricos o de cualquier otro tipo, dado, por ejemplo, su carácter de objeto histórico; etc. Así, se subraya entre otros hechos, la necesidad de conocer, antes de toda lectura, el conjunto de las influencias que pesan sobre un texto.

Parece pertinente al menos preguntarse aquí: ¿cuáles, serían las influencias que se deberían invocar, para que al leer se respeten las exigencias que se suponen para una lectura correcta? ¿Las filosóficas, las psicológicas, las antropológicas, las históricas, las sociológicas, las literarias, ...? Si se omite alguna, ¿qué sucede? ¿O acaso existe el supuesto implícito de que algunas de éstas disciplinas son indispensables, y las otras, son sólo "interesantes"? ¿Y cómo conocer de antemano esas influencias? ¿A través de otros textos? ¿Y cómo leer éstos que estarán, a su vez, regidos por otras influencias, que también deberán ser conocidas, para poder leer válidamente éstos, los que parece que serían condición para leer el primero?...

Normalmente cada lector invoca, desde su erudición y/o desconocimiento, elementos diversos, con los cuales pretende colmar los vacíos de comprensión

que casi todo texto provoca. Cada lector propone los suyos, generándose así Babeles de interpretaciones, que finalmente hacen difícil toda decisión no sectaria acerca de la validez de un juicio.

De esta manera se engendran y sostienen esas castas de eruditos, que se asumen, en última instancia, como las únicas autorizadas para leer con legitimidad. Uno de los recursos habituales de tales castas en su legitimación, es el de mentir diciendo la verdad, procedimiento a través del cual tantas veces el propio sujeto consigue no sólo engañar al otro sino también engañarse a sí mismo. Y así, a menudo, la erudición, obtura la verdad.

Poner un suspenso erudición, prejuicios y demás no implica en forma alguna pretender hacer desaparecer el sujeto. Se trata de introducir como premisas de la lectura una escucha rigurosa, el esfuerzo por reducir el malentendido propio de la comunicación, una ética de la discusión; también y en especial, colocar un límite a las formas establecidas del goce, en particular del goce del pensamiento. Para todo ello se hace necesario un sujeto, un sujeto dispuesto al pensar y no solo a una gimnasia mental y/o a una afirmación de sí.

He podido constatar en ámbitos diversos que lectores diferentes que intentan un leer intratextual serio y riguroso ante todo refrendan al efecto liberador que ello implica. El peso del Otro se torna ligero y aún a veces inexistente. Y el enriquecimiento de la lectura, desde la literalidad del texto mismo, hace de ésta una empresa alegre, aún se trate de textos herméticos, densos o banales.

Permítaseme una breve anotación complementaria a propósito de la intervención del sujeto en la lectura y de ese gran obstáculo al leer pensante como es la erudi-

ción. Umberto Eco, ese singularísimo intelectual contemporáneo, autor de una novela casi inigualable en la letras de la segunda mitad del siglo, semiólogo de un justo reconocimiento internacional, hombre obsesionado con la interpretación textual, erudito no pocas veces abusivo e inútil y ejemplo notable, en ciertos planos de su trabajo, para tener en cuenta en el cuestionamiento que aquí se hace de una función que adquieren ciertas formas de la erudición en la lectura, ha discutido con argumentos lúcidos y variados, la inevitable intervención del lector en la interpretación de un texto. Examinar los planteamientos de Eco al respecto puede resultar de gran interés en diversos sentidos, entre otros, en la medida en que pone de presente la posibilidad de establecer, al lado de lo que aquí se ha expuesto, dos maneras diferentes, de ubicar la participación del sujeto en la interpretación de un texto. Esto implica que suponer la participación del sujeto tampoco conduce simple y llanamente a idénticos resultados.

Antes de finalizar quisiera destacar otro punto que da lugar a diversos equívocos: la exposición de los resultados de un trabajo de lectura como el que aquí se ha descrito no equivale al trabajo mismo de lectura. La exposición puede incluir, además de diversos aspectos de una lectura, los comentarios, las tesis o elaboraciones que el lector, (ahora convertido en expositor, autor si se quiere), considere necesario indicar, productos éstos de actividades cuyo origen puede ser muy diverso. La exposición de resultados puede ser examinada en otro contexto, por ejemplo con re-

lación a la naturaleza y función de la escritura.

Finalmente estimo necesario indicar que en todos los lugares donde se pretende proporcionar formación y enseñanza, se debería discutir más y mejor sobre qué significa leer. En una época (época también de la informática), donde la "lectura rápida" no sólo es proposición sino ideal, cuasi-exigencia y aún deseo, la degradación del leer es casi inevitable. A esta degradación se está contribuyendo decisivamente desde las universidades, de las más variadas maneras; piénsese si no en la función que éstas le han llegado a conceder al manual en procesos llamados de formación y enseñanza, en la confusión promovida entre educación e información, en la transformación de las universidades en institutos politécnicos, en los obstáculos que se elevan también allí contra la investigación, devaluando explícita o implícitamente las posibilidades de la lectura y por consiguiente del pensar.

La lectura ha pasado a ser simplemente una "actividad útil", es decir, de interés. De esta manera llega a equiparársela con otras cosas más hacia las cuales se torna hoy nuestro interés. Y se tiene que recordar que no es señalamiento desacertado decir que "para el interés de hoy sólo vale lo interesante, que es aquello que permite ser indiferente un instante después, para ser suplantado por otra cosa, que nos toca tan poco de cerca como la anterior", como lo indica algún pensador fundamental de nuestro tiempo.

Se tiene así, que leer raras veces significa pensar. Aún más, que para muchos leer jamás ha significado pensar Ψ

Bibliografía

- ECO, Umberto. (1979). *Lector in Fabula*. Lumen, Barcelona, 1993.
- FREUD, Sigmund. (1901). "Psicopatología de la vida cotidiana". En *Obras Completas*, tomo I. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.
- HEIDEGGER, Martín. (1951-1952). *¿Qué significa pensar?* Nova, Buenos Aires, 1978.
- LACAN, Jacques. (1966). *Conversaciones con Lévi-Strauss, Foucault y Lacan*. (Entrevistas de Paolo Caruso). Anagrama, Barcelona, 1969.
- PEREZ, Juan Fernando. "Elementos para una teoría de la lectura". En *Utopía 2001*, revista de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia, # 1. Medellín, 1997.
- STEINER, Georges. (1976). *Lenguaje y silencio*. Gedisa, (Col. Hombre y Sociedad, Serie Mediaciones, # 7), Barcelona. 1982.